

—¿Qué haces todavía sin vestir? había dicho Cristina á su hermana viéndola con el traje de casa.

—No pienso esta noche bajar al salon; y te ruego me disculpes con mamá.

—¿Cómo así? es muy extraño, hermana mia.

—¡La flor mas bella del jardín quedarse en el invernadero! no lo permito, exclamó con galantería Clodomiro.

—¿Qué lisonjas, hermano!.... vaya que me place verte así..... dijo Cristina, porque tú acostumbras á guardar las lisonjas para las bellezas de fuera, no para las de casa.

—¡Ea! ¿á que tienes envidia porque no te lo he dicho á tí?

—Te engañas, necio; yo no conozco ese sentimiento, porque me conceptúo superior á todas.

—¿Qué orgullo! exclamó Clodomiro tapándose la cara con las manos porque no le vieran reir.

No por eso dejó de incomodarse Cristina, que le dijo colérica:

—¡Calavera!.... sin educacion..... márchate de mi presencia, pues ni aun tratar á tus hermanas sabes.

—Ya me voy; en cuanto esta modesta sensitiva le plazca abrirme su cáliz.....

—Valiente fátuo, siempre con su lenguaje figurado..... podias decir de una vez que te abriera su bolsillo y estaba concluido.

—¿Ves, hermana, á dónde iban á parar sus galanterías? á pedirme dinero, dijo Tránsito sacando con mucha calma de un cajoncito un bolsillo lleno de oro.

—Toma y no me pidas mas.

—¡Oh! si tú eres rica; como no gastas la pension que te pasa papá, la tienes ahorrada; mientras á Cristina y á mí se nos concluye á mediados de mes; tú eres un ángel.

—¡Porque te dá dinero!.... vicioso; nada le basta para el juego; ya te daría yo..... ni un maravedí, dijo Cristina.

—Tampoco te lo pido, ni te lo pago con un beso como á mi hermosa azucena. ¡Adios!....

Diciendo esto, estampó un beso en la frente de la cándida niña, y se fué tarareando un ária de la *Norma*.

—¡Es un atolondrado!.... exclamó Cristina.

—Pero tiene buen corazón, añadió Tránsito, que nunca encontraba defectos en las personas que trataba.

—Ese vicio del juego le perderá indudablemente.

—Acaso los desengaños le corrijan, murmuró Tránsito.

A poco se separaron las dos hermanas: una se dirigió al salón de baile; la otra, cubriéndose con un velo, salió por la puerta del jardín acompañada de su doncella.



## CAPITULO III.



## Tránsito.



UN modesto coche de alquiler aguardaba á Tránsito y á su doncella en la esquina de la calle del Rosario.

Montaron ambas, y el auriga, despues de recibir sus órdenes, dirigió los escualidos jamelgos hácia la Plazuela de Oriente. Se detuvo ante una casa de modesta apariencia.

Tránsito se apeó y haciendo seña á su doncella para que continuase en el carruaje, subió con lentitud hasta el quinto piso.

Tres puertas pequeñas y de mal aspecto se ofrecieron á su vista. Vaciló un tanto; luego decidiéndose, llamó en la de enmedio.

Un anciano encorvado por la vejez y los padecimientos, apoyándose, para no caer, en un grueso baston, la abrió de par en par.

—¿Vive aquí un jóven pintor, que trabaja en casa de Mr. Ernesto, en la calle de la Montera? preguntó Tránsito.

—Sí, señora, es mi hijo; pero está enfermo.

—Lo sé y por eso vengo.

El anciano estaba perplejo sin atreverse á invitar á la jóven para que pasase adelante, ignorando además por otra parte el objeto de su visita.

Tránsito, venciendo su timidez, dijo lanzando al interior de aquella pobre vivienda una mirada escudriñadora:

—¿No me será permitido verle?

—¡Oh! sí, sí; pase V.; como somos tan pobres, no me atrevia á dar á V. el espectáculo de nuestra desdicha; mas, puesto que lo desea, no me opongo.

Retirándose á un lado, dejó franca la entrada.

Tránsito entró.

Componíase la buhardilla de dos piezas. En la primera estaba la cocina, en la misma á un extremo se veían agrupados sobre un jergon de paja, cuatro niños escuálidos y revelando en sus pálidos rostros la miseria y el hambre.

Esta habitacion no tenia luz; la vela de sebo que el anciano llevaba en la mano, la iluminó momentáneamente.

—Por aquí, señora, dijo el viejo penetrando con la jóven en la segunda habitacion.

Era esta cuadrilonga, bastante espaciosa, con un balcon al tejado, cerca del cual habia un caballete con un lienzo, en el que se veia un retrato á medio concluir.

Al otro extremo del aposento estaban dos malisimas camas, la del anciano y la del jóven que buscaba Tránsito.

En la última permanecia el pintor, pálido, inmóvil y devorado por una fiebre ardientísima.

A la cabecera del lecho velaba una muger anciana. Debia ser su madre por el cuidado solícito y cariñoso con que le atendia.

Al ver á la jóven, se levantó.

—¿A quién busca V., señora, en esta pobre casa? dijo limpiando las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—A él, contestó Tránsito señalando al enfermo y contemplándole con dolorosa amargura.

—¡Ah, pobre hijo mio! ¡nuestro único sosten, nuestro amparo!.. ¡Cuán triste es, Dios mio, no tener mas brazo de apoyo que el suyo y perderle!.... porque se muere..... indudablemente no resiste esa enfermedad.....

La emocion cortó la palabra á la infeliz anciana y no pudo continuar.

—¡Abuela!... ¡un poquito de pan!.... exclamaron los niños desde la pieza inmediata.

—No hay pan, hijos, dormíos; mañana comereis, les dijo el viejo, que se habia salido dejando á las dos mugeres solas con el enfermo.

Todo esto y la angustia de la triste madre no pasó desapercibido para Tránsito.

—¿Y no le ha visto un médico? preguntó apartando la vista del jóven para fijarla en la anciana.

—Sí; pero como somos pobres, apenas se interesa.

—¿Y no cuentan Vds. con recursos de ninguna especie?

—Nos manteniamos con su trabajo; faltando éste, solo nos queda la miseria, la muerte.....

—¡O la Providencia! exclamó Tránsito interrumpiéndola.

Una sonrisa como de duda animó el semblante de la pobre muger.

—¿Acaso V. no cree en la intercesion divina?

—Sí, señora;... pero somos tan desgraciados..... son tan rudos y repetidos los golpes que hemos sufrido..... que ya la misma desventura nos hace incrédulos.

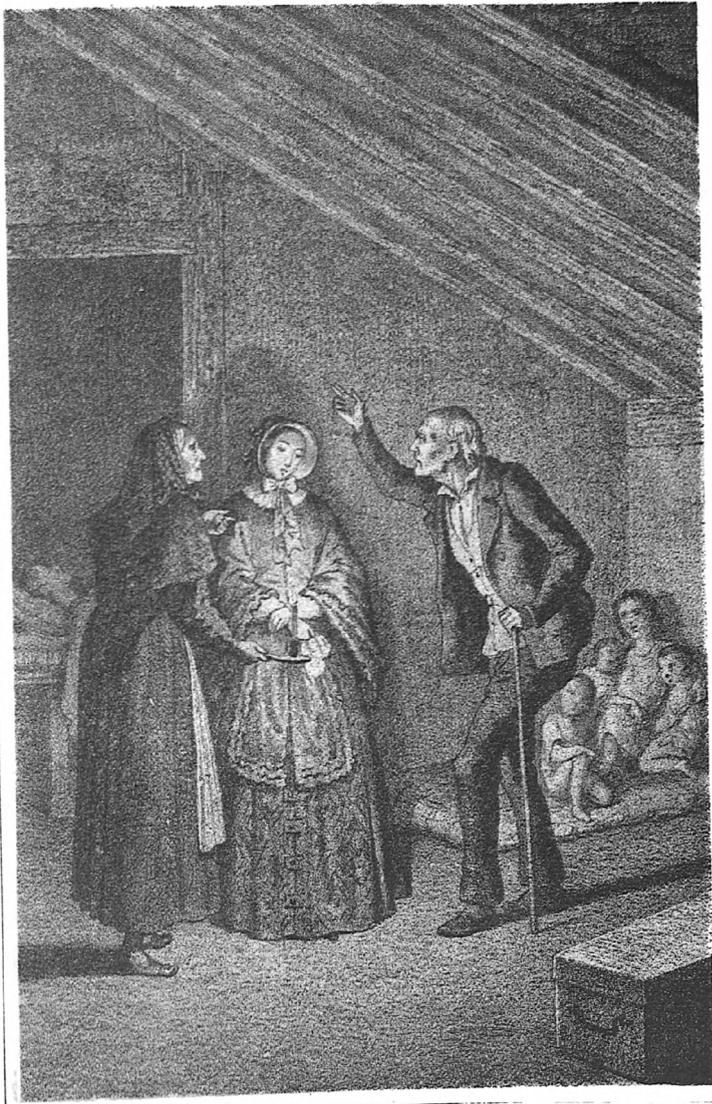
—Yo deseo devolver á su alma las creencias y la fé, haciéndome su Providencia.

—¿Usted? ¿acaso un impulso de caridad la trae á este sitio?

—¡Quién sabe cuál es el móvil que me guia! por de pronto admita V. este pobre don, como si fuera de una hija.

Tránsito dió á la anciana un bolsillo con oro.

—Es todo cuanto poseo, la dijo con emocion; pero faltan pocos dias para concluir el mes, y al finalizar este, cobraré la pension



E. ZARZA. 100

La Ilustración

"Bendice á esta, Señora, es nuestra providencia"



que me pasó mi padre para gastos de tocador; entonces se la traeré entera.

—¿Y V., señorita?...

—Yo nada necesito.

—¡Ah! ¡mil gracias!... es V. un ángel, y lo admito porque viene de su mano.

—¿Creerá V. ahora en la Providencia?

—¡Oh! sí, y en los ángeles también; ¿pero á quién debo agradecer este favor?

—Mi nombre no hace al caso; y sobre todo que no lo sepa él, ni nadie; porque me espongo al venir aquí.

—Viva V. tranquila, nadie lo sabrá y su secreto será religiosamente guardado.

—Por el correo mandaré á V. dinero á fin de mes.

—¿Y no la volveremos á ver?

—¡Quién sabe! Adios, señora; cúidele V. mucho.

—¡Oh! ¡cuánto siento no saber siquiera su nombre para mezclarle en mis oraciones!

—Rece V. por María, y pídale á Dios por mi felicidad.

—Adios, señorita.

Salieron á la pieza inmediata.

Tránsito se despidió del enfermo con una dulce mirada.

El jóven no volvió de su letargo, no pudiendo por consiguiente enterarse de la conversacion que antecede.

El anciano se habia sentado en el jergon junto á los niños cuando salieron las dos mugeres.

La anciana llevaba la palmatoria en la mano.

—Mira, Adalberto, le dijo su muger: bendice á esta señorita; es nuestra Providencia.

—¡Oh! ¡que Dios la bendiga, como lo hago yo con toda la efusion de mi alma!... contestó el anciano levantándose y besando con emocion las manos de la jóven.

Los cuatro niños la miraban con asombro.

La luz de la vela iluminaba de lleno la simpática y dulce figura de la hermosa niña; revestido su rostro de una santa espresion

de piedad, la hacía aparecer como un sér celeste en medio de aquella familia desventurada.

—Adios, señora, adios, murmuró Tránsito arrancándose de allí porque no conociesen su emocion.

Adalberto la siguió encorvándose y fuertemente apoyado en su baston.

Su muger alumbró hasta el tercer piso. Lo demás de la escalera estaba iluminado.

—¡Quién será! ¡qué hermosa señorita! dijeron los viejos.

—Pan; queremos pan, abuela, gritaban los niños.

—Sí, hijos míos; voy corriendo por ello; y dad gracias á esa señorita que os lo proporciona.

La vieja bajó á escape la escalera, animada por la esperanza de encontrar todavia á Tránsito; pero ésta ya habia desaparecido.

Media hora despues el coche que la llevaba se detuvo en la calle de Embajadores, muy cerca del portillo, y ante una casita de modesta apariencia.

—Desde aquí estamos cerca de casa; despide el coche, dijo Tránsito á su doncella, apeándose y llamando en la casa.

—¿Quién es? preguntó al otro lado la cascada voz de una vieja.

—Soy yo, señora Marciana; abra V.

—¡Hola! ¡buenas noches..... señorita! ya no aguardábamos á V., dijo Marciana franqueando la puerta y haciendo pasar á la jóven á una salita, donde ocho ó diez personas jugaban á la lotería.

—¿Cómo tan tarde, amiga mia?..... esclamó una señora jóven levantándose de la mesa para abrazarla con el mayor cariño.

—No pude venir antes; ¿pero y V. que tantas noches hace no la veíamos?

—He tenido que salir á un pueblo cerca de Madrid.

—¿Con fruto?

—Sí, á confeccionar los trages de una novia, y luego he asistido á la boda.

—Me alegro, ¿se habrá V. divertido?

—Mucho.

—¿Y qué ha encontrado V. de nuevo en nuestra tertulia?

—Una desgracia, dijo con naturalidad la modista.

—¿Cuál es?

—La falta de Ildemaro; según me ha dicho Marciana, está enfermo y acaso su familia en la mayor necesidad, pues contaban con su trabajo por único recurso.

Las dos jóvenes, apartándose de la mesa de juego, se habían sentado en un sofá cerca de la reja.

La que al parecer era modista, tendría unos treinta años, de figura arrogante, esbelta, cabello y ojos negros como el terciopelo, tez de una blancura deslumbradora, dientes blanquísimos, pequeños y unidos entre sí; labios sonrosados y diminuta boca; unido á todo esto una espresion de magestad suprema, de infinita gracia, hacíanla una criatura encantadora.

Vestia un sencillísimo traje de merino negro, cuello y mangas de batista lisa y una manteleta de tafetan negro con fleco de seda.

Su peinado correspondia al traje, y nadie por el hubiera sospechado perteneciese á otra esfera mas alta que la en que se la conocia en casa de Marciana.

Su conocimiento con Tránsito fué de este modo:

Una mañana se encontraron ambas en el pórtico de San Cayetano.

Eran las siete y acudian guiadas por un mismo deseo, el de oír misa.

Tránsito, que llegó la primera á la pililla del agua bendita, mojó el extremo de sus dedos y ofreció agua á la hermosa jóven, que estaba á dos pasos de ella.

Ésta la tomó sonriendo y la dió gracias con una espresion tan dulce, tan simpática, que desde luego las hizo mirarse con afición, armonizando á primera vista.

Se colocaron juntas en un banco, salió la misa, la oyeron, terminó y se salieron juntas otra vez.

Empero al salir á la calle vieron que llovía.

—¡Ay, Dios mio! ¡y no he traído paraguas!.... dijo con la mayor candidez la desconocida.

—Yo tengo aquí mi coche y llevaré á V. á su casa, si gusta, añadió Tránsito.

—¡Oh! si no temiera molestar, lo aceptaría.

—Si solo la detiene ese temor, venga V. pronto, pues yo tengo en ello, no solo mucho gusto, sino un placer especial, porque su fisonomía es tan simpática, que al verla no se puede menos de amar á V.

—Es particular; á mí me sucede lo propio con V.

—Vamos al coche y hablaremos.

Las dos jóvenes, seguidas de la doncella de Tránsito, subieron al carruaje.

—¿Dónde vive V. para dar orden al cochero? preguntó Tránsito. La jóven se vió un momento perpleja.

Luego contestó sin vacilar:

—Aquí en esta misma calle; cerca del portillo, número 200; ¿y V., señorita, habita muy léjos?

—En la calle del Rosario; palacio del marqués de Blancarosa.

La desconocida se puso pálida; sus hermosas facciones se alteraron, brillando en su mirada un relámpago de odio.

—¿Se ha puesto V. mala? dijo Tránsito.

—¡Oh! no; un vahido; padezco bastante de la cabeza.

—Acaso trabaje V. demasiado.

—Mucho; como que tengo que ganarme el sustento con mis manos, exclamó la jóven suspirando.

—¡Pobrecita! ¡cuánto daría por aliviar su suerte!.... ¿y es V. sola, ó tiene V. padres á quien sostener?

—No tengo á nadie, señorita, y vivo de mi trabajo; soy modista.

—Me alegro; con eso me vestirá V. y seremos amigas.

—Advierta V. que nuestra clase no es igual.

—En efecto; yo soy la hija menor del marqués de Blancarosa; pero eso no importa; las afecciones del corazón deben respetarse, y yo he sentido por V. una simpatía profunda, ardiente, indestructible.

—También me atrae hácia V. un poder magnético que no puedo explicar, pero que lo siento.

—¡Ah! ¡scamos hermanas!.... Usted debe ser muy buena, lo revela su fisonomía, y yo no tengo ninguna amiga; aun en medio de mi familia me encuentro sola, porque nadie me comprende; mis padres y mis hermanos piensan de diferente modo que yo, y no pueden ser mis amigos, porque no me entienden.

—Debe V. tener un alma privilegiada, un corazón hermoso, y me complazco en admitir el don de su amistad.

—No me arrepentiré de la elección, ¿cómo se llama V.?

—Blanca.

El coche se detuvo delante de una puerta.

—¿Vive V. aquí? añadió Tránsito.

—Sí, señorita; aquí habita una buena muger que me recoge por caridad.

—Volveré á ver á V., ¿qué hora es la mejor?

—De día trabajo en un taller; por la noche nos entretenemos con la lotería; los hijos de Marciana, algunos jóvenes de modesta fortuna y mi humilde persona.

—Entonces, si me lo permiten, volveré esta noche á formar parte de su tertulia.

—¡Con mil amores!....

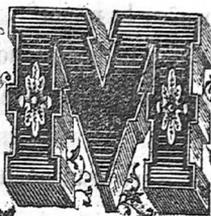
—Adios, pues; hasta luego.

Las dos jóvenes se despidieron con la mayor fraternidad, viéndose desde aquel día todas las noches y amándose con delirio; ahora escuchemos su conversacion.



## CAPITULO IV.

### La tertulia de Marciana.



E explicará V., querida mia, la causa de su tardanza? dijo Blanca fijando en Tránsito una mirada de cariño.

—Desde luego, si me prome-

te V. el secreto.

—Prometido; hable V. con franqueza, y nada tema de mí.

—Pues bien; he ido á ver á Ildemaro.

—¡Hola, picarona! ese interés me demuestra...

—Suspenda V. su juicio ¡maliciosa!

—¡Como es un guapo chico!.... amable, atento....

—Es verdad; mas hoy solo la caridad me ha conducido á su casa, y la confieso con franqueza que nunca he sentido tanto la falta de dinero.

—¡Tan necesitados están?

—Mucho; la pobreza y la miseria imperan de un modo absoluto en aquella pobre buhardilla.

—¡Qué desgracia!

—Sus ancianos padres y cuatro niños pequeños estaban ateni-

al sueldo de Ildemaro; hace ocho días cayó enfermo, y hubiera muerto por falta de recursos igualmente que su familia, si esta noche no me hubiera presentado á ofrecerles una cantidad bien insignificante por cierto, pero que les bastará estos días hasta fin de mes, que mi papá me entregue la pensión señalada para gastos de tocador.

—¡Oh! ¡qué buena es V., mi querida Tránsito! me admira la nobleza de su corazón; y mi asombro crece de punto al considerar que no se parece en nada á sus padres ni á sus hermanos.

—¿Conoce V. á mi familia?

—De oídas solamente.

Tránsito bajó la cabeza, retratándose en su semblante una sombra de tristeza.

Blanca, abrazándola tiernamente, murmuró á su oído:

—¿Es V. desgraciada?...

Un suspiro contestó á su pregunta.

—¿Tiene V. confianza en mí? volvió á preguntarla en el mismo tono.

—Infinita; es V. la única muger con quien he simpatizado de una manera ardentísima.

—Entonces confieme sus penas y veremos de aliviarlas; el dolor depositado en un seno amigo, pierde su intensidad.

—Lo haré con mucho gusto; pero en este momento es imposible; no estamos solas y mi secreto es grave.

—Entonces nos veremos mañana.

Aunque Blanca hablaba en voz baja, Tránsito miraba con recelo en torno suyo.

Los que rodeaban la mesa seguían jugando á la lotería sin cuidarse de ellas.

—¿Quiere V. que paseemos en el Retiro mañana á las seis? dijo Tránsito.

—Corriente, exclamó Blanca.

—Vendré con mi coche á buscar á V.

—A las cinco en punto estaré prevenida.

—No faltaré; necesito mucho los consejos y el amparo de un corazón generoso y que verdaderamente me ame.

Tránsito se levantó.

—¿No juegan Vds. esta noche? dijo Marciana preparándolas sitio en la mesa.

—Yo por mi parte no puedo detenerme; he venido solamente por ver á Blanca, y me retiro.

—Como gusten.

El semblante apacible y tranquilo de Marciana denunciaba en ella á una muger del pueblo; pero servicial, franca y honradísima.

Tenia mas de sesenta años y se conservaba fuerte y en buen estado de salud.

Sus hijos Andrés y Federico, eran unos mocetones arrogantes, muy finos, atentos, trabajadores y honrados.

Eran ebanistas; el dia le pasaban en el taller, y la noche jugando á la lotería con su madre y hermana, ó leyendo.

Esta última era una graciosa morena de veinte años, ocupaba un sitio en la mesa y tenia á su derecha una jovencita de unos diez y seis años, sumamente pálida y con una espresion de sufrimiento en su semblante, que daba lástima.

La hija de Marciana se llamaba Ernesta, su amiga Renata.

—¿Y cómo se encuentra esta noche la pobre Renata? preguntó Tránsito mirando á la jóven con interés.

—Un poco mejor, contestó con timidez.

—Y sobre todo mas alegre; pues he podido conseguir del tigre de su tío que la permita venir todas las noches á distraerse con mis hijos.

—¡Eso ha sido un milagro! dijo Blanca.

—Y de bulto, contestó Marciana; porque D. Severo Pintaraja no es hombre que se deje fascinar así como se quiera.

—¡Pobre Renata! ¿pasará V. con él una vida muy triste? la dijo con dulce interés Federico.

—Bastante; nunca salgo de casa, y si no fuera por estos momentos de espansion, me moriria seguramente.

—Es preciso hacer entre todos que varie de conducta ese feroz cancerbero; no tiene motivo para atormentar á una criatura tan inocente y tan buena como tú, dijo Andrés.

—Eso corre de mi cuenta; yo le haré entrar en vereda, añadió Marciana.

—Yo no le puedo ver ni pintado, repuso Ernesta. Desde el día que vinieron á vivir á esta casa, le miré con prevencion, así como á Renata la tomé tanto cariño como si fuera mi hermana.

—Se lo merece, es un ángel, añadió Tránsito; si no fuera por comprometerme, ya hablaria yo á D. Severo, que casi siempre le veo en el cuarto de mi papá; pero como en casa todos ignoran que vengo aquí, no puedo descubrirme.

—No hay necesidad, señorita; todo se arreglará, dijo Marciana.

Tránsito llamó á su doncella, que habia quedado en la antesala, y mientras la ponía el abrigo y el sombrero, preguntó á Blanca:

—Ahora que me acuerdo, ¿dónde está fray Benigno? hace algunas noches que no le veo por aquí.

—Ha emprendido un viaje.

—¿Otra vez á las misiones?

—No; puramente de recreo, y por acompañar al hijo de la señora de Mendoza; ¿la conoce V.?

—¿A doña Guillermina San Juan? ¿una señora muy bajita?

—Sí, la misma.

—¡Mucho! es visita de casa, y he paseado algunas tardes con Zoa, su sobrina. Esta noche estarán en la recepcion de mi mamá; por ellas siento no asistir, ¡son tan buenas!....

—Permítame, querida mia, la prevenga, que V. no debia faltar á esas reuniones, donde su hermosa brillaria doblemente, dijo Blanca.

—Prefiero la soledad y las reuniones modestas, como la que aquí tenemos entre personas honradas y á la luz de una lámpara, que ese bullicioso mareo, donde acaba una por volverse loca.

—Tiene V. un gusto particular; y es condicion humana aquello que tenemos nos fastidia, y anhelamos lo que no podemos poseer;

yo daría cualquier cosa por asistir á ese baile del que V. se ha venido huyendo.

—Si no es otra cosa, véngase conmigo y la presentaré á mi mamá, dijo Tránsito alegrándose de aquella resolución.

—¡Imposible! yo soy una pobre modista, y no es ese mi lugar; además no tengo trage.

—¡Qué importa! nadie sabrá la posición de V.; y en cuanto á trage, la servirá perfectamente uno mio, porque tenemos la misma estatura.

—No sé qué hacer; lo deseo y no me atrevo.

—Vamos, decídase V.; son las once, una hora en arreglarse, las doce, hasta el amanecer nos quedan tres ó cuatro horas para estar allí.

—Estaré solamente una; con esa condición iré.

—Bueno; lo que V. quiera.

—En cuanto al trage, me iré á casa de mi prima, me prestará uno suyo.

—Entonces, adios, hasta las doce.

—Tambien yo me retiro; es muy tarde, dijo Renata levantándose.

—Espera, te acompañaré con Federico, dijo Ernesta.

Salieron á un tiempo Tránsito con la doncella y Andrés, que la acompañó hasta la puertecilla del jardín. Renata, Federico y Ernesta, que entraron en la casa contigua; quedaron solas Marciana y Blanca.

En aquel momento el rostro de la anciana varió por completo; el respeto, la sumisión mas profunda se retrataron en su rostro.

—¡Ah, señorita! exclamó; ¿y se atreverá V. E. á penetrar en la casa de sus padres?....

—Estoy decidida; hace mucho tiempo que lo deseo; anhelo cojer los cabos de esa enredada madeja.

—¡Hay tantos misterios en esa familia!....

—Yo los descubriré todos.

—Tiemblo por la salud, por la vida de V. E.!....

—No tengas cuidado; adios.

Blanca se cubrió con un rico capuchon de cachemira, y salió á la calle.

A un silbido imperceptible de Marciana, se presentó un negro que estaba en el portal de enfrente; instantes despues, una lujosa corretela aparecia en la esquina de la callejuela próxima.

—Adios, Marciana, dijo Blanca alejándose.

—Buenas noches, señorita.

La jóven montó sin detenerse.

—A casa, á escape, dijo al negro en un dialecto que solo ellos conocian.

La corretela partió como un rayo con direccion á la Plazuela del Progreso.

Cuando volvieron los hijos de Marciana, encontraron á su madre arrodillada delante de un crucifijo.

—¿Y la señorita? preguntaron.

—Se ha marchado.

—Y no volverá; hubiera querido acompañarla, dijo Andrés.

—Ya sabeis que nunca os lo permite.

—¡Ay, madre mia!.... ¡cuántos misterios encierra su vida!.... ¡cualquier cosa daria por conocerlos!

—Es un secreto que debemos respetar; así nos lo ha exigido el santo religioso á quien lo debemos todo, riquezas, salud, tranquilidad, y sobre todo la salvacion de vuestro padre, que en paz descanse.

El acento de la anciana era grave, solemne; sus hijos, acostumbrados á respetarla, callaron, y tomando cada uno su luz, la dieron las buenas noches y se retiraron á sus aposentos.

El bienestar y la dicha reinaban en aquella casa; cuando conocimos quince años antes á Marciana, la habitaba como inquilina; en la época á que ahora nos referimos, la habita como propietaria.

Tenia un jardinito que comunicaba con la casa contigua, donde vivia D. Severo, acompañado de su sobrina Renata, de una vieja y de un gallego que hacía los oficios de criado, portero y aguador.

Marciana tenia solamente una criada, y ésta no dormia en la ca-

sa. Los secretos que su intimidad con Blanca y fray Benigno tenía que guardar, la hicieron ser muy prevenida, recatándose y ocultando muchas cosas á sus propios hijos, sin embargo de que los tres eran modelos de honradez y discrecion.

Cuando D. Severo se mudó á la casa contigua, recibió orden de vigilar todas sus operaciones, de entablar amistad con él y proteger con todas sus fuerzas á la que pasaba por sobrina suya.

Así lo hizo, procurando á la infeliz y encantadora Renata algunos momentos de dulce y expansiva felicidad.



## CAPITULO V.



### La sombra.



A animacion, el buen tono y la mas esquisita elegancia reinaban en los aristocraticos salones de la marquesa de Blancarosa.

Una escogida y numerosa concurrencia contribuia á que la fiesta fuese mas agradable. Multitud de bellas damas y jóvenes caballeros balanceábanse al compás de un sonoro vals, recorriendo con asombrosa rapidez el espacioso círculo del salon.

La orquesta ensordecia el aire con sus mágicas armonías y embriagaban el sentido con los fragantes perfumes de las infinitas macetas de olorosos arbustos que adornaban los salones en caprichosos y variados grupos.

Tambien en el jardin habia muchas parejas que, huyendo de la sofocante atmósfera del salon de baile, se retiraron á buscar entre las flores un ambiente mas puro, al propio tiempo que la apacible soledad, constante amiga de los enamorados y de los viejos.

Las doce sonaron en el reloj de la Trinidad.

Al dar la última campanada, la puerta secreta del jardín se abrió de repente y apareció en el dintel la forma de una muger cuidadosamente envuelta en un chal de cachemira blanco.

Cerró la puerta con trémula mano, y adelantó por entre los árboles con vacilante paso.

Al llegar á la escalinata que conducia á las habitaciones interiores, se detuvo como indecisa.

Los acordes de la música resonaban en el jardín como ecos lejanos, produciendo, no obstante con el ruido de las fuentes y el silencio de la noche, una encantadora melodía.

La blanca figura, poniéndose una mano en el corazón como para contener sus latidos, entró resueltamente en una galería del piso bajo.

A la izquierda estaba la escalera que conducia á las habitaciones de Tránsito y de Cristina.

A la derecha habia un espacioso salón profusamente iluminado, con muebles antiguos, pero de riquísima talla, y preciosos dorados. Las paredes estaban forradas de terciopelo carmesí. En las puertas y ventanas caían hasta el suelo colgaduras de encaje, que se desprendían en profusos pliegues desde pabellones de terciopelo con fleco de oro.

Aquel salón estaba lleno de retratos.

La figura blanca adelantó algunos pasos.

Miró con recelo en el interior de aquel salón; no habia nadie; entró.

Sin vacilar, como si tuviera muy conocido aquel sitio, fué á donde estaba colocado el retrato del anterior marqués, D. Jorge Lopez Mendoza.

Un impulso superior á sus fuerzas la hizo arrodillar ante él. La luz de las arañas iluminaba el retrato, de modo que el noble y bello semblante del marqués parecia que se animaba reconociendo á la misteriosa muger que rezaba á sus plantas con trémula y callada voz.

Detrás del retrato habia una puertecita.

Aquella puerta se abrió en silencio; un caballero elegantemente vestido de negro apareció en el umbral.

La figura blanca, alzándose erguida, gallarda, magestuosa, levantó el brazo, y señalando al retrato, dijo con una voz argentina, sonora, pero que parecía ser eco de otra mas lejana:

—¡Hé allí tu víctima, D. Alvaro!.... ¡el momento de la expiación ha llegado! ¡preparate!....

—¿Quién eres, muger infernal? ¿quién eres que sabes mi secreto? exclamó D. Alvaro iracundo, lanzándose hácia la jóven.

—¡Soy tu sombra!.... ¡mírame!.... y diciendo esto apartó el velo de su rostro, se puso delante del retrato de la marquesa, difunta esposa de D. Jorge, apareciendo entre ambas una semejanza tan perfecta, que asombraba.

—¡Dios mio! ¡esto es un sueño!.... murmuró el marqués cubriéndose la cara con las manos como si quisiera apartar de su vista aquella vision horrenda.

Asombrado, estático permaneció mas de una hora, hasta que sintió un golpecito en el hombro.

Se volvió temblando.

—¿Quién eres? preguntó balbuciente.

—Soy yo; ¿no conoces á tu esposa?... le dijo la marquesa.

—¿Dónde está?... ¿se ha marchado?....

—¿De quién hablas? hombre, ¿estás loco?

—¿De ella!.... ¡de la marquesa!....

—¿Qué marquesa, ni qué caracoles! ¡aquí no hay mas marquesa que yo!.... ¡tú sueñas!....

—No lo creas; ¡estoy en mi sano juicio!.... acabo de verla aquí mismo.

—Pero ¿á quién? ¿á quién?... ¡acabaremos de entendernos!....

—A esa; al original de ese retrato.

Don Alvaro le señalaba con el dedo.

—¿A la esposa del marqués? ¡Bah!.... ¡si hace veinte años que murió; tú ves visiones.

—¡Pues acabo de verla!.... me ha señalado el marqués, y me ha dicho con acento sepulcral: